



drémos lugar de ver, el auxilio del guardian no le fué entonces ménos provechoso que en las precedentes ocasiones que se habia albergado en la Rábida.

En la mañana del 23 de Mayo bajó del convento el P. Marchena (1) acompañado de Colon, y juntos pasaron á la parroquia de San Jorge de Pálos, donde en medio de gran concurso de gente marinera y ante los alcaldes Diego Rodriguez Prieto y Alvaro Alonso Cosío se dió lectura solemne, á petición de Colon, por el escribano Francisco Hernandez, á la carta de SS. AA., que ordenaba se le entregasen dos carabelas pertrechadas y tripuladas.

No obstante que Pálos debia poner á su costa los marineros, á causa de una multa de diez mil maravedis que adeudaba á los reyes, se dignaron los soberanos concederles igual paga que en los buques de guerra y abonarles cuatro meses adelantados. Además, si á la vuelta del viaje presentaban un certificado de buena conducta firmado por su jefe, quedarían absueltos del resto de la condena. Respondieron las autoridades que sería obedecido el mandato con la sumision debida á las órdenes de los reyes, y luego de darse testimonio por el notario con el procurador Fernando del Salto y dos testigos, á saber, el alcalde Lorenzo de Escarrana y García Fernandez Carnero, se hizo la misma publicacion en Moguer (2).

Mas cuando se divulgó la noticia de que se trataba de navegar con rumbo á Occidente y penetrar en la *Mar Tenebrosa* se llenaron de espanto y consternación los habitantes, pues este sólo nombre helaba la sangre en el corazón de los más intrépidos.

Hoy, desde la cumbre del saber, nos causará extrañeza semejante terror, pero en aquel tiempo era natural y casi lógico, porque se apoyaba en la razon. El telescopio no habia medido aún el espacio ni enumerado las miriadas de soles de la vía láctea, ni tomado la proyeccion de los picos de la luna, ni contado los satélites de Júpiter y Urano, ni descompuesto el

(1) *Provision registrada en el sello de córte en Simancas*, Docum. diplom., núm. VII.

(2) *Real Sobre-Carta*. Suplem. prim. á la colec. diplom., núm. VIII.

triple anillo de Saturno, ni pesado las diversas masas, ni calculado los diferentes rumbos de los mundos que gravitan en torno de nuestro sol, y la composicion, el peso y el volúmen de la tierra, ni estaban establecidos, ni su forma determinada. Unos opinaban que era plana, larga y que se prolongaba de un modo indefinido por el inconmensurable Océano, otros que era cuadrada, y que hielos y mar sin limites la rodeaban; se negaba terminantemente la existencia de los antípodas, y se admitian «zonas inhabitadas.» Á consecuencia de los errores de la náutica, las lecciones de los geógrafos se manifestaban tan oscuras y contradictorias como el caos. No debe, pues, causar extrañeza que tal confusion se reflejara en las inteligencias. Como en la mente lo desconocido se da la mano con lo tenebroso, y lo tenebroso es formidable para toda criatura moral, discurrían que Cáos y Erebo se guarecian en el fondo de aquella mar, que los cosmógrafos designaban con el nombre de *Tenebrosa*, porque segun el geógrafo de Nubia, el sherif Edrysi y los navegantes árabes, al aproximarse á estos sitios se encontraba «poca claridad en la atmósfera y grandes corrientes de aguas oscuras.» En la *Mar Tenebrosa* se estrellaban los torrentes pelásgicos y se arremolinaban los hervideros en que retozaban Behemoth y Leviatan, rodeados de falanjes de monstruos inferiores.

Todas las obras de geografía acreditaban la mala denominacion de *Tenebrosa*, pues sobre los mapas se veian dibujadas al rededor de tan pavorosa palabra figuras horribles, para las que los cicoples, lestrigones, grifos é hipocentauros fueran de agradable aspecto. Los árabes como por el Koran les está prohibido reproducir imágenes de animales, se limitaban á caracterizar el sitio con un signo que, si bien por lo pronto no atemorizaba, no por eso dejaba de hacer su efecto. Consistía éste en una mano negra y crispada, la mano de Satanás saliendo de los abismos, y dispuesta á sumergir en ellos á los temerarios navegantes, que osáran surcar con sus bajeles el *Bahr-al-Talmet*.

No paraban aquí los peligros á que se exponían los exploradores; porque gigantescos enemigos podían á cada paso desplomarse de



los aires sobre ellos. En aquellas latitudes se cernía con sus fabulosas alas, el pájaro rok, que tenia por hábito coger con su pico descomunal, no á los hombres ó barquillas, sino á buques y tripulados, y elevarse con ellos á la region de las nubes, para una vez allí divertirse en destrozarlos con sus garras, é irlos dejando caer en pedazos en las negras ondas de la *mar Tenebrosa*. Ciertos pasajes de autores muy graves dan fe, de que á la sazón participaban ellos mismos de las creencias del vulgo, tanto que en aquel año hablaba el jurisconsulto Rojas en el prefacio de un libro prohibido del pájaro rok, y más de un siglo despues del descubrimiento de América, el virey de Méjico, duque de Arion, creía que en la parte desconocida del Nuevo Mundo anidaban águilas con dos cabezas (1).

¿Cómo es posible que el pueblo y los marineros hubieran escapado al error general! Ir á la *mar Tenebrosa* era ni más ni ménos que exponerse á ser consumido por los rayos del sol, engolfarse en las tinieblas del caos, abrirse un ancho sepulcro en las simas del negro Océano. Y los intrépidos marinos que habian frecuentado el puerto de Lisboa ó las Canarias y Azores, aunque despreciaban algo estos temores, no por eso estaban ménos convencidos de la imposibilidad de penetrar por la *mar Tenebrosa*, el *Bahr-al-Talmet* de los árabes.

Iba deslizándose el tiempo y no obstante la real orden y la protesta de obediencia de parte de las autoridades, no se habia aprestado ninguna carabela. El muelle permanecía desierto, y todos los navieros procuraban esconder sus buques en los ancones apartados, ó los enviaban á otros puertos para escapar del embargo. Informada la reina del caso (20 de Junio), despachó á Pálos á un guardia llamado Juan de Peñasola; hombre dotado de energía, con poderes para imponer una multa de doscientos maravedis por cada dia de tardanza á los que rehusáran obedecer su mandato, y al mismo tiempo para tomar en las costas de Andalucía

(1) Solorzano y Pereira. *Política indiana*, lib. I, cap. VI. § 31. Anotaciones de don Francisco Ramiro de Valenzuela, reitor del supremo consejo de Indias.

los bajeles y pilotos que le parecieran adecuados al nuevo servicio.

¿Cuán grande no fué el desconsuelo para propietarios y marineros! Á las súplicas seguían los ruegos y las promesas, y á las promesas y ruegos los altercados y disputas, sin que medrara el armamento, hasta que Peñasola mandó apresar la *Pinta*, carabela muy velera y de la propiedad de dos vecinos del pueblo, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero. Tuviéronse éstos por perdidos, porque la *Pinta* constituía su sola riqueza, y maldecían la venida del hablador é intrigante genoves que, sorprendiendo la sabiduría de los reyes, habia hecho dar la orden para navegacion tan desastrosa.

Los calafates y carpinteros se fingían enfermos ó se ocultaban, para no verse obligados á trabajar en la carena de la carabela, y ni se encontraban maderas, ni estopa, ni alquitran, ni jarjarcia. La apremiante comision dada á Juan de Peñasola no producía mejor fruto que los razonamientos de Colon, y ya una sorda exasperacion agitaba los espíritus. Hacían falta tres buques y no habia sino uno.

En estas críticas circunstancias, el celoso P. Marchena vino en socorro de su amigo y de la poblacion extraviada. Como el fraile franciscano es querido por instinto por el pueblo, porque visiblemente le ama, porque su familiaridad y modestia le atrae, y porque su pobreza, su modo de vivir y la humildad de su vestido lo identifican con él, y además, como Fr. Juan Perez gozaba de gran crédito entre la gente marinera, consiguió su fin. Se mezclaba con los remisos, se reía de su miedo, tranquilizaba sus familias, y pasaba á los pueblos limítrofes para ir haciendo el enrolamiento á fuerza de palabras y demostraciones. El piadoso franciscano se prometia con esta expedicion el aumento del reino de Jesucristo, mucha gloria para la Iglesia, que habia sido la primera en alentar la empresa, y un inmenso beneficio para la civilizacion (1). Estaba lleno de los mismos pensamientos

(1) «Disponiendo los ánimos de los marineros y los demas á emprender la jornada, de que siempre se prometió felicisimos sucesos.» Fr. Pedro Simon, *Noticias*



tos que la reina, cuando dijo refiriéndose á Colon, que «iba á algunas partes de la mar Océana sobre cosas muy cumplideras al servicio de Dios y suyo» (1). Al par que lo impedía á su huésped, apoyaba algun tanto, y sin poderse dar cuenta de ello, sus mismas ideas, católicamente tomaba una parte activa en su obra, se honraba en servir á su apostolado y contribuir de esta manera á realizar el anhelo del bien-aventurado fundador de su orden, que consistía en haber predicado á Jesucristo, su cruz y su pobreza por el mundo todo. El P. Marchena trabajaba con el alma y el corazón para reanimar á los cobardes y decidir á los irresolutos, preparándolos con la persuasión y la autoridad de su ciencia. Ya solo ó acompañado de su amigo se le veía en todas partes; pero de seguro que donde se hallara á Colon estaba el guardian de Santa María. Fué tal su actividad é hizo tan honda impresion en el país, que veinte años más tarde los que le conocieron, conservaban la memoria de su celo, y aún despues que su nombre se olvidó, recordaban al mencionar la partida de Colon que un franciscano lo acompañaba, lo asistía y lo auxiliaba por do quiera (2).

Á pesar de estos afanes de Fr. Juan Perez, el miedo, la rutina ó un cuento desatinado daban en tierra en una sola noche con los buenos resultados, obtenidos en una semana de sermones náuticos. Por el litoral de la costa de Andalucía no se hablaba de otra cosa que de la expedicion, y como los marineros tenian por una quimera lo de descubrir tierras en la *Mar Tenebrosa*, ningun piloto queria embarcarse (3). Entonces tomó una resolucion definitiva el padre Marchena.

historiales de las conquistas de tierra firme, nota 3, cap. XIV.

(1) Suplemento primero á la coleccion diplomática, núm. 7.

(2) Pleito.—Probanzas del almirante. Pregunta primera.—«Andando negociando de ir á descubrir las Indias con fraile de S. Francisco, que andaba con el dicho almirante.»—Suplem. prim. á la colec. diplom.

(3) Deposition de Juan Rodriguez de Mafra.—«Y no quiso ir por tener el descubrimiento por cosa vana, como todos.» Pleito. Pregunta 15. Suplem. prim. á la colec. diplom., t. III, p. 570.

Vivia en aquel tiempo en Pálos una familia rica y considerada, cuya casa, que no há mucho existía, parece haber sido la más hermosa de toda la ciudad. Pertenecía á los tres hermanos Pinzon, expertos marinos. El P. Marchena presentó á Colon al mayor, llamado Martin Alonso, hombre teórico y práctico á las cosas de la mar, y á quien la idea de un viaje á traves de la *Tenebrosa*, no causó la misma impresion que á los demas navegantes de la costa. Hacia poco tiempo que acababa de llegar de Roma, adonde sus negocios lo habian llevado varias veces, y traía de esta última excursion algunas nociones, que naturalmente lo preparaban á las miras elevadas de Colon.

Martin Alonso contaba entre sus amigos á uno de los bibliotecarios del papa Inocencio VIII, que se decia ser hombre muy versado en geografia, el cual le mostró un mapa-mundi en el que á Occidente se indicaba en la mar océana, una tierra sin nombre. De modo que, así como el guardian de la Rábida tuvo el presentimiento de las regiones ignoradas, el geógrafo de la biblioteca pontificia se elevó tal vez á los mismos pensamientos. Tampoco podian ignorarse absolutamente en Roma los planes de Colon, puesto que Toscanelli, cuando estaba en correspondencia con él, frecuentaba la capital del mundo cristiano, y le escribió en ella su segunda carta (1). No nos parece creible que el sabio florentino, que vivía allí para extender sus conocimientos cosmográficos, interrogando á los viajeros que llegaban de países lejanos, tuviera guardado el secreto del atrevido proyecto de descubrir el extremo de Asia por el camino de Occidente.

No dudamos en manera alguna de este mapa-mundi con la indicacion de una tierra por descubrir. Semejante indicacion podia existir por efecto de esa misteriosa iniciativa que toma la Iglesia romana en las grandes cosas, ó como consecuencia y testimonio de la precedente co-

(1) Esta carta sin fecha se escribió en Roma como lo prueban estas palabras: «é vera informazione di nomini illustri é di gran sapere, ege son venuti di detti luoghi in questa corte di Roma, etc.»—*Lettere di Paolo Toscanelli*, físico florentino.—Bossi, *Aphéndice*, núm. 1.



municacion de las ideas de Colon, sometidas directamente por él al soberano pontifice.

No podia ser indiferente el príncipe de los apóstoles á un plan, que daría tan grandes resultados, y ya hacia muchos años que la Santa Sede conocía el pensamiento de Colon, que interesaba tanto más al padre de los fieles, cuanto que habia sido inspirado á uno de sus compatriotas. No hay duda de que se trataría de él en diversas épocas, bien por el ex-nuncio Antonio Geraldini, bien por el embajador español, Estrada, bien por letras misivas del conde de Tendilla, antiguo enviado de Castilla, y más que todo por el nuncio apostólico, monseñor Bartolomé Scandiano; porque las relaciones posteriores de Colon con la córte romana manifiestan que primero debió comunicar su resolucion al jefe de la Iglesia, para pedirle su bendicion sobre el objeto de sus trabajos. Esto lo prueba la tradicion constante de Roma (1), y lo patentiza un hecho reciente (2).

El jóven Arias Perez Pinzon, que acompañaba á su padre en este viaje, presencié las discusiones habidas con el bibliotecario, y vió á este sabio dar á su padre una copia de la carta referida; copia que trajo á España en gran estima, y con la intencion tal vez de emprender algun dia el descubrimiento. Un habitante de Huelva, llamado Antonio Hernandez Colmenero, familiar de la casa de Pinzon, oyó leer en Roma la relacion del mapa, y tenian noticia de él los primos y los amigos de Martin Alonso, entre los cuales se contaban el piloto Juan de Ungria, Luis del Valle y Martin Nuñez (3).

De cualquier modo que fuera, no bien Martin Alonso y Cristóbal Colon trabaron conocimiento, desaparecieron todas las dificultades (4).

(1) La familia del ilustre papa Inocencio VIII, penetrada del interes que se tomaba en el proyecto de Colon, mandó grabar en su sepulcro palabras que recuerdan su íntima participacion en el descubrimiento, que no tuvo el placer de conocer en vida. Bonnanus, *Numismata pontificum romanorum*, t. I, fól. 110 et sequ.

(2) Breve de S. S., fechado en Roma el 10 de Diciembre de 1851.

(3) Pleito, *Probanzas del fiscal*, pregunta XI y XII.

(4) La escuela protestante se ve en grande aprieto

TOMO V

Pronto corrió la voz de que agradaba el proyecto al mayor de los tres Pinzones, añadiendo que se proponía aventurarse en la *Niña*, preciosa carabela que pertenecía á Vicente Yañez, el menor de los hermanos, que estaba destinado á colocarse entre las grandes celebridades marítimas. No era falsa la noticia, pues los Pinzones habian firmado un convenio con el amigo del P. Marchena, y su ejemplo secundó tan maravillosamente las predicaciones de éste, que la mayor parte de los marinos comenzaron á tranquilizarse.

Los Pinzones gozaban de gran crédito en Pálos. El señor Martin Alonso comerciaba en aparejos y provisiones para los buques; era el primer abastecedor de la marina que habia en el puerto, y su riqueza, sus conocimientos y la antigüedad de su familia le ponian á la cabeza de los más notables de la villa.

Desde aquel momento, sin que Juan de Peñasola tuviera que encontrarse con nadie, Pálos ofreció como segunda carabela una especie de carraca, envejecida en el mar, y llamada la *Gallega*, grande comparativamente, gorda y pesada, pero en extremo sólida. Aunque impropia al servicio á que se la iba á destinar, ni Colon ni el P. Marchena, su consejero, se atrevieron á rechazarla, por miedo de demorar más

al tratar de la influencia de Roma, tan decisiva para la expedicion. Washington Irving, no sabiendo qué objetar á los hechos, los ha callado; pero el ilustre Humboldt, no queriendo retroceder ante su lógica, y en la más completa ignorancia de la piedad y dignidad católica, sin respetar su nombre y con una ligereza que no podría censurar bastante la justicia literaria, se atreve á suponer una connivencia entre el mayor de los Pinzones y Colon, y de consiguiente con el guardian de la Rábida, que no se separaba un instante de su amigo, para engañar al pueblo y captarse su confianza, por medio de la fábula de un mapa traído de Roma. El silencio de la sorpresa y del pesar es la única repuesta que debe darse á explicacion tan miserable.

Aparte de la imposibilidad de semejante acuerdo con hombres del temple de Juan Perez y de Cristóbal Colon, no está demas traer á la memoria que mucho despues de la muerte de los tres pretendidos cómplices, la informacion del fiscal contra el heredero del almirante de las Indias hizo aparecer las pruebas olvidadas del viaje á Roma, y de la comunicacion que recibió allí Martin Alonso Pinzon. La informacion recibió las declaraciones de los testigos de vista.

178



todavía la partida, y de consiguiente la admitieron, disponiéndose acto continuo á prepararla. Colon la escogió para capitana, y la cambió el nombre con el de *Santa María*, colocándola al bautizarla bajo la protección especial de la santísima Virgen.

En medio de los preparativos del armamento, proseguía Cristóbal observando la vida de un verdadero discípulo de la orden seráfica; no salía del convento sino por necesidad, se ocupaba del cuidado de su alma, y perseverando en el camino de la perfección cristiana, fué sin duda entonces cuando se unió como miembro á la regla y al instituto de San Francisco. Pasaba los días en la oración y contemplación de los misterios, se esforzaba en hacerse más y más digno de la bondad de Dios, que lo había elegido para ejecutar una obra sin igual entre los hombres, y ni las dilaciones, ni el pavor, ni la malquerencia de las gentes del pueblo lo afectaban; á pesar de que eran tan graves obstáculos para su marcha, que la sola autoridad de los monarcas no bastaba para dominarlos.

La historia ha consignado el generoso impulso del guardian de la Rábida, tranquilizando y dando estímulo á los apocados; mas en ninguna parte se ve á Colon. Aquél, que tanta actividad desplegó en sus viajes posteriores, atendiendo hasta á sus más insignificantes detalles, esta vez parecía no preocuparse nada de los preparativos de su empresa.

Comprendiendo que, como extranjero, era en vano hacer uso de su elocuencia, que no se tenía fe en él, que estaba imposibilitado de organizar á su satisfacción su estado mayor y la maestranza, lo mismo que de enrolar su marinería, y que no podía por ménos que admitir aquello que los apremios y los escasos recursos de Pálos pusieran á su disposición, aceptaba con la más completa abnegación cuanto le deparaba la divina Providencia. Su principio era no tentar á Dios, no violentar las circunstancias, sino sufrirlas con resignación, y utilizar todo lo que se encontrara en el dominio del hombre. Sentía una confianza en su corazón, que le daba fuerzas para soportar las contradicciones, para no preocuparse de nada exterior

y permanecer tranquilo en su caro claustro, cuna de su destino, y en el que halló un amigo incomparable, el más leal y verdadero que tuvo jamás. Convencido de que su misión se cumpliría, no abandonaba sus ejercicios espirituales, limitándose tan sólo á echar de vez en cuando su inteligente mirada sobre los trabajos del armamento, que los Pinzones vigilaban con tanta más asiduidad, cuanto que estaban interesados en el éxito de la expedición, pues los tres hermanos, y en particular el menor, á ruego de Fr. Juan Pérez, habían anticipado á Colon la octava parte del gasto total que debía satisfacer (1).

En una de sus apariciones entre los calafates descubrió Colon un expediente, inventado por Rascon y Quintero, para libertarse de aquel viaje, que los espantaba. Consistía éste en que habían dispuesto de tal modo el timón de la *Pinta*, que las piezas, al parecer perfectamente encajadas, se desunirían al primer golpe de agua. Quiso obligarlos á que de nuevo comenzaran su trabajo, pero se escaparon todos los carpinteros. Entonces el infatigable fraile prestó más servicios al mundo, logrando tornasen los operarios á la tarea, alentándolos con saludables exhortaciones, y gracias á él, mejor que á los Pinzones y á Peñasola, que se mantenía en el puerto para apresurar el armamento, pudo llegar la flota á ponerse en disposición de salir á la mar.

Ningun historiador ha detallado hasta hoy los aprestos de este viaje, ni fijado la naturaleza de sus medios de ejecución, sino que, limitándose á varias conjeturas, y creyendo hacer más interesante la empresa, pretenden que se llevó á cabo en tres grandes barcas, de las cuales una sola tenía cubierta. La mayor parte de los escritores nos presentan á Colon ardiendo en deseos de partir, y arrojándose al moviente elemento en embarcaciones que Robertson compara con las «mayores chalupas,» que Washington Irving llama «barcas ligeras,» Lamartine «tres lanchas,» y Aquiles Juvinal «esquifes costaneros,» todos ruines bajeles, que

(1) Herrera. *Historia general, etc.*, década I, lib. I, cap. IX.



habría sumergido en los abismos la primera tormenta. Creer tal imprudencia en Colon, es desconocer la sabiduría del hombre que suscitó el Señor para semejante obra.

Si Colon nada fiaba en la casualidad, y previsor, pedía tres buques al ménos para salir, prevision que justificaron los acontecimientos, pues de no haber sido así jamás hubiera conocido la Europa su descubrimiento, ¿cómo es posible que se lanzara temerario á merced del Océano en tres barcas, siendo tan terribles los peligros á que tendría que hacer frente, sin contar con los errores de la imprevisión?

Debemos establecer escrupulosamente, después de un vacío de trescientos sesenta y tres años, los pormenores de las disposiciones materiales de la expedición más importante de la humanidad.

Lo que Colon había pedido terminantemente eran tres carabelas, y en verdad que buques de más calado fueran peligrosos. Varios sabios han discutido con extensión acerca de la etimología griega según unos, y árabe ó italiana según otros de la palabra *carabela*, y sostenido su poca cabida. Pero nosotros emitiremos sin temor una opinión contraria á la que generalmente se ha seguido acerca de la reducida plantilla de las carabelas, porque los hechos son de una lógica más concluyente que las etimologías y las definiciones de los eruditos. Decimos, pues, que las carabelas no eran tan pequeñas como se supone, porque su mismo destino implicaba dimensiones proporcionadas á él. Ocupaban el lugar de nuestros bergantines y gabarras, servían para el transporte de soldados, municiones y artillería, y para combatir en la mar. Carabelas fueron las que el infante D. Enrique mandó á los descubrimientos en el Océano y en la costa del África occidental; carabela la que envió el rey D. Juan II cuando quiso hacer en perjuicio de Colon la expedición clandestina, y carabelas las que en aquellos mismos momentos disponía el de Portugal, sabedor de los proyectos de Castilla, para oponerse á ellos con la fuerza. De consiguiente, no serían las carabelas de tan poca importancia. Las que se habían armado en Pálos eran suficientes para su objeto, como lo justifica una

circunstancia de aquella navegación. El más chico de los tres buques, la carabela *Niña*, cuyo sólo nombre demuestra su pequeñez, y que iba provista no más que de velas latinas, como las barcas pescadoras, se vió, á consecuencia de un siniestro, en la necesidad de recibir á su bordo cincuenta y seis individuos, con sus equipajes, multitud de muestras de diversos productos, una sobrecarga de artillería, y parte de los aparejos y jarcia de la *Santa María*, sin que por eso sumergiera notablemente su línea de flotación. El mismo Colon dijo que podía llevar todavía cien personas más (1).

Aunque no tenían corrida la cubierta las carabelas, como la popa y la proa eran muy levantadas, soportaban sólidos castillos, que servían para los combates y las igualaban á los bajeles de alto bordo (2). Las medianas contaban cuatro palos y seis anclas; el primero á proa, con vela cuadrada, superada de un trinquete de gavia, y los demás con velamen latino. En los grandes, el aparejo del palo mayor y trinquete estaba hecho para velas cuadradas, y por medio de otros dos con latina se obtenía toda clase de evoluciones, andando con buen tiempo sobre dos leguas y media por hora (3).

La *Santa María*, con cubierta de popa á proa, llevaba dos palos con vela cuadrada y dos con latina, y sobre la cuadrada del mayor dos arrastraderas. Sabemos que durante el viaje se emplearon en el palo de mesana la cebadera y el treo, lo que implicaba masteleros y obenques, y un sistema de aparejo muy complicado. Podremos señalar también sus dimensiones aproximadamente. Su lancha media treinta pies de largo, y según lo establecido entonces en la construcción naval, la relación de la chalupa con la carabela da para ésta una longitud de noventa pies de quilla y veintiseis sobre el puente, que es poco más ó ménos la de

(1) Colon, á bordo de la *Niña*, amenazó al gobernador portugués Castañeda con quitarle un ciento de los suyos y llevarlos á Castilla. *Diario*, martes, 19 de Febrero de 1493.

(2) «De alto bordo entre naos, galeones, et caravelas.» Fernán Méndez Pinto, *Peregrinaciones*, capítulo XII.

(3) A. Jal., *Arqueología naval*, t. II, p. 237.